

manifestó dispuesto á facilitarles la adquisición de Venecia, mas no haciendo la guerra á Austria, sino proporcionándoles la alianza de Prusia, que, terminada la guerra de los ducados, tenía prisa de armar cuestión á su rival. Víctor Manuel confió el gobierno á La Marmora, apasionado por la alianza con Prusia, y Napoleón envió de Embajador á Berlín á Benedetti, amigo bien probado de Italia. Á mediados de mil ochocientos sesenta y cinco, Bismarck, creyendo poder arrastrar á su señor á la guerra contra Austria, dirigió proposiciones de unión al gobierno italiano; pero en el momento de ir á sacar la espada, el rey Guillermo, contenido por escrúpulos legitimistas y conservadores, prefirió tratar con Austria, concluyendo la convención de Gastein. En nuevas conferencias que Bismarck celebrara en Biarritz con Napoleón, éste volvió á aconsejarle que se aliase con Italia; el nueve de Marzo de mil ochocientos sesenta y seis, llegó á Berlín el general Govone, enviado por La Marmora, á pretexto de estudiar las fortificaciones prusianas, realmente para tratar con Bismarck, y el ocho de Abril del propio año se firmó el tratado, cuyas cláusulas principales eran: que Italia atacaría con todas sus fuerzas á Austria, después que Prusia hubiese tomado la ofensiva, y si Prusia no tomaba la ofensiva en el plazo de tres meses, el gobierno italiano consideraría como nulo el tratado; que ninguno de los aliados podría otorgar tregua por separado, ni deponer las armas, hasta que el uno hubiese obtenido Venecia y el otro territorios equivalentes en Alemania; por último, que el rey de Prusia proporcionaría á Víctor Manuel un subsidio de ciento veinte millones.

No podía imaginarse Napoleón toda la importancia del servicio que prestara á Italia en las gestiones que practicó para concluir esta alianza. Nada tenía que sacar ya Italia de la cristianísima Francia, astro en el ocaso; en cambio, todo había de conseguirlo de la protestante Prusia, astro naciente. La obra que Napoleón comenzara, iba á concluirla Bismarck. Mas antes de seguir el curso de estos sucesos, relacionados principalmente con el desarrollo del reino de Prusia, la insurrección de Polonia nos obliga á llevar nuestra atención al Oriente, al gran imperio de Rusia.



## CAPÍTULO OCTAVO

El Czar Alejandro II—Reorganización de Rusia—Insurrección de Polonia



La revolución de mil ochocientos cuarenta y ocho, Nicolás I había contestado desplegando furiosa reacción contra lo único que en un país desprovisto de ideas liberales puede ser reprimido: los libros y los periódicos, como vehículos de las doctrinas, y las personas que los leen ó escriben, muy especialmente, los estudiantes y profesores de las universidades. Por haber discutido el problema de la emancipación de los siervos y, quizás, el de la supresión de la autocracia, Petrachewski fué condenado á muerte, y sus amigos, entre los que se contaba Dostoiévski, famoso ya por sus primeros romances, á deportación en Siberia. Las juntas de censura, aisladas é independientes entre sí hasta entonces, fueron reorganizadas y subordinadas de manera que se vigilasen las unas á las otras, bajo la alta inspección de la policía política; y ya no hicieron presa solamente en las frases sueltas, en las expresiones sospechosas, sino también, y sobre todo, en las opiniones políticas, históricas y económicas, expresadas ó sobreentendidas, de que pudieran originarse conclusiones acerca de tal ó cual institución, especialmente la servidumbre. Aturdida con las reconvenciones de arriba, la censura se fijaba en puerilidades, como la de prohibir que se hablase de la *majestad* de la naturaleza, por deber reservarse esta palabra para las testas coronadas, ó la de suprimir trozos patrióticos, «por la posibilidad de no ser bien interpretados», al paso que dejaba circular las *Memorias de un cazador*, de Turguenief, la más sangrienta sátira que se haya formulado nunca contra la servidumbre. En las universidades, se disminuyó el número

de cátedras, así como el de estudiantes, no debiendo haber de éstos más que trescientos por universidad, sin contar los de medicina. De esta medida resultó que, en mil ochocientos cincuenta y tres, no había en Rusia, con exceder su población de cincuenta millones de habitantes, arriba de dos mil novecientos estudiantes, pocos más de los que concurrían en el extranjero á una sola universidad, la de Leipzig. Los profesores fueron sometidos á severa inspección. «Nuestra posición es cada día más insoportable, escribía el historiador Granovski en mil ochocientos cincuenta; cada movimiento en Occidente produce entre nosotros nuevas medidas de represión. Las denuncias llueven; por mi cuenta, en tres meses se han hecho dos pesquisas de policía..... Respecto de los nuevos programas, ya quisieran tenerlos para sí los jesuitas. En la escuela militar, el capellán debe enseñar que la grandeza de Cristo consiste principalmente en la sumisión á las autoridades; el profesor de historia debe realzar los méritos, á menudo muy desconocidos, del Imperio romano, al que solamente faltó el principio de herencia». La misma reacción que á lo interior, aplicó Nicolás I á lo exterior, y de ella hablamos al exponer el desarrollo de la revolución de mil ochocientos cuarenta y ocho en Alemania.

El veintiocho de Febrero (dos de Marzo) de mil ochocientos cincuenta y cinco, en lo más agudo de la guerra de Crimea, sucedió á Nicolás I su hijo Alejandro II, de treinta y siete años de edad y que nunca había tomado parte en el despacho de los negocios. Educado por el poeta Jukovsky, había viajado por la Rusia europea, por Siberia y el Cáucaso, donde se contaba haberse distinguido peleando contra los *toherkesses*; mas, á pesar de este rasgo de valor, gozaba fama de pacífico, y á esta fama se debió el alza de los fondos públicos con que las Bolsas de los Estados occidentales saludaron su advenimiento. Ya sabemos cómo continuó y cómo acabó la guerra de Crimea. Al día siguiente del tratado de París, la situación de su reino era muy difícil. En lo exterior, Rusia se hallaba aislada, sin conservar de sus antiguas alianzas más que algunos amigos discretos; dentro, había que proveer á necesidades urgentes, remediar los abusos y las debilidades que la guerra había puesto al descubierto, inaugurar, en suma, una política inversa de la de Nicolás. Alejandro II, respondiendo á estas exigencias de su tiempo, abandonó la política de intervención y aplicó toda su actividad á la reconstitución interior. La opinión pública se manifestaba cada día más contraria al sistema de compresión; folletos circulaban á centenares por Rusia, exhortando al gobierno á ponerla al nivel de Europa mediante reformas liberales; el terrible *Kolokol* (la Campana), que imprimía en Londres el refugiado político Herzen, pasaba la frontera por miles de ejemplares, denunciaba los abusos de la administración y hallaba encubridores y colaboradores hasta en las gradas del trono. Por la violencia del movimiento y el candoroso optimismo de los reformadores, la situación moral de Rusia en este tiempo recordaba la de Francia en mil setecientos ochenta y nueve. Aunque distaban de entender de la misma manera la renovación, los

*eslavofilos*, enamorados de un místico y nebuloso pasado eslavo, y los *zapadniki*, imitadores apasionados de Europa, olvidaban sus diferencias, fundiéndose en las llamas de su ardiente patriotismo. Alejandro II hallábase convencido, como toda la clase intelectual, de que Rusia retrasada no podría recobrar su puesto en el mundo sino transformándose profundamente, y que en esta transformación estribaba su personal gloria y la restauración del prestigio imperial. En el manifiesto en que anunció al país la conclusión de la paz, hablaba de «conquistas que, por ser pacíficas, no serían menos gloriosas», y dejaba columbrar proyectos de «renovación interior, de reorganización fecunda». En semejantes ideas abundaba el documento que publicó el mismo día de su coronación, siete de Septiembre de mil ochocientos cincuenta y seis, celebrada, por cierto, con solemnidad pocas veces vista. Unos días antes, Alejandro II efectuó su entrada solemne en la antigua capital, en medio de los vivas de un pueblo inmenso, al estampido de las salvas de artillería y al són de las ocho mil campanas de las mil seiscientas iglesias de la veneranda ciudad. Nunca Moscou había visto afluencia tan prodigiosa de indígenas y de extranjeros. Diputaciones de todas las provincias, hasta de las más extremas del Imperio, aclamaban al nuevo Czar, manifestándole, en medio de transportes de ébrio entusiasmo, la devoción patriarcal y tradicional del pueblo ruso á su *pequeño Padre*, al príncipe que simbolizaba la patria y la fe religiosa. Moscou la Santa parecía abrazar en sus muros, como en los tiempos primitivos, á toda Rusia. Los representantes de las potencias extranjeras, los redactores enviados por los principales periódicos de Europa, pudieron observar que la guerra, á pesar de sus calamidades, no había entibiado, antes había enardecido los corazones y el patriotismo, y que la fuerza y la autoridad del Czar, objeto de semejante culto, descansaban sobre los más sólidos fundamentos que hay en la tierra. Á la corona de diamantes que el metropolitano ciñera á las sienes del emperador, Alejandro II añadió otra corona más preciosa, la de la clemencia. Aquel mismo día, los proscriptos de mil ochocientos veinticinco, los *decembristas*, fueron indultados; los ukases que limitaban el número de estudiantes, abolidos; los rigores de la censura, suavizados; el reclutamiento, suspendido por tres años, y aligerada la carga que la guerra había hecho pesar sobre la población rural. Poco á poco, hombres nuevos reemplazaron en los ministerios á los de Nicolás: el conde de Nesselrode fué sustituido por el príncipe Alejandro Gortchakof.

Alejandro II marchaba con resolución por el camino que se había trazado. Para devolver el orden y la moralidad á la administración, mandó castigar duramente la venalidad, las concusiones y las depredaciones. Se otorgó una recompensa al autor de una comedia en que se lanzaba el estigma á la frente de los funcionarios corrompidos. Personas de mérito, probas, honradas, animadas de los mismos sentimientos que su soberano, resueltas á secundarle con desinterés, subían una tras otra á las elevadas funciones. Sabía Alejandro que la eficacia de las medidas decretadas depende, principalmente, de las per-

sonas encargadas de concurrir á su ejecución. Para devolver la unidad á la administración superior, restableció el consejo de ministros, que había dejado de reunirse hacia varios años. En estos consejos, que presidía siempre, atendía solícito á cuanto se decía, pesaba los pareceres y no se decidía sino después de maduro examen. Una vez formado el convencimiento, su resolución era inquebrantable. Dotado de tanta actividad como su padre, aprovechaba todas las horas del día, poniéndose á trabajar desde las seis de la mañana, antes de su paseo matinal. Con objeto de ilustrar á la opinión, su gobierno autorizó á los órganos de la publicidad á discutir los medios adecuados para llevar á buen fin la obra de reforma y de progreso. Nueva y exuberante savia circuló por la prensa, que adquirió una extensión desconocida hasta entonces en Rusia; por las asociaciones libres, formadas para propagar la enseñanza en todos los grados; por las universidades, cada día más concurridas; por los escritos, en fin, que se multiplicaban. En medio de estos fermentos de renovación, un grave problema era objeto de las constantes meditaciones del Emperador y preocupaba á todas las clases sociales: la abolición de la servidumbre.

De cerca de sesenta y un millones de almas que tenía la Rusia europea en mil ochocientos cincuenta y seis, cuarenta y nueve millones y medio eran siervos, y de éstos más de veintitrés millones lo eran de la corona, cerca de tres millones y medio de los infantados, veintitrés millones de los particulares. Los siervos de la corona vivían en los dominios del imperio. Nicolás había mejorado su condición, transformándolos de siervos de la gleba en personas libres, dotados de una organización administrativa basada sobre el principio electivo y comunal. Sus comunidades, *mirs*, estaban investidas del derecho de elegir los funcionarios comunales, y regular, en sus deliberaciones, los asuntos locales, bajo la inspección de la autoridad superior. Pagaban, además de la capitación y de las tasas locales, un tributo, que variaba entre dos y tres rublos (de ocho á doce pesetas), por la tenencia de la tierra, cuyo propietario era el Estado. Los siervos de los infantados trabajaban las tierras de la familia imperial, y su condición era también bastante llevadera, poco diferente de la de los anteriores. Los siervos de los particulares se dividían en tres clases, según que estaban sujetos á prestar corveas, pagar tributo, *obrok*, ó servir en la casa. En el régimen de la corvea, el propietario cedía parte de la cosecha á los siervos, y éstos le cultivaban el lote que se reservaba. Estos siervos no tributaban, trabajaban. Verdad es que los propietarios exigíanles de vez en cuando pequeños tributos en especie, como corderos, miel, aves ó huevos; pero también los siervos tenían la facultad de tomar en el bosque del señor madera para calentarse y reparar su casa. Los siervos tributarios, ó de *obrok*, vivían en comarcas poco feraces ó en las inmediaciones de centros productivos, y la cuantía del canon que pagaban variaba de veinticinco á cincuenta francos, según las regiones. Estos siervos ejercían, en su aldea ó fuera, el comercio, la industria ó una profesión, y eran los de posición más ventajosa. En lo más bajo de la jerarquía estaban los

siervos domésticos, adscriptos al servicio del señor, y que eran verdaderos esclavos. No recibían salario; les estaba vedado cambiar de dueño; podían ser castigados, alquilados y hasta vendidos. Formaban esta clase los lacayos, sirvientes, cocineros y cocineras, cocheros, jardineros y multitud de jóvenes de ambos sexos sin funciones definidas. Cualquiera que fuese la clase á que pertenecieran, el señor, semejante á un pequeño czar, estaba investido de poder absoluto sobre sus siervos; podía exigirles toda clase de trabajos, imponerles tributos, transformarlos de rurales en domésticos. Por los agravios que le infiriesen, tenía el derecho de castigarlos, hasta el límite de cuarenta palos con vara de abedul, quince con caña, y á los que considerase como incorregibles entregarlos á las autoridades, pedir su incorporación en el ejército ó su deportación á Siberia. El siervo carecía de derechos civiles: no podía disponer, contratar ni testar; para casarse necesitaba del consentimiento del señor, y para el señor era lo que adquiría.

Nicolás I había pensado en curar esta llaga social; pero, durante su reinado, la cuestión no salió de las comisiones. Alejandro II la planteó en términos precisos ante los mariscales de la nobleza, reunidos en Moscou el mes de Marzo de mil ochocientos cincuenta y seis. «Ustedes saben ya, les dijo, que el modo actual de poseer los siervos no puede seguir sin cambiarse. Vale más abolir la servidumbre desde arriba que esperar á que ella misma comience á abolirse desde abajo. Ruego á ustedes, señores, que mediten cómo puede hacerse esta reforma». Estas palabras causaron en la nobleza viva emoción, pero que no tardó en disiparse, interpretando los interesados las frases del Emperador como expresión de un vago deseo, no de una decisión formal. Inesperada circunstancia dió pie á Alejandro II para volver á la carga, á fines de mil ochocientos cincuenta y siete. Habiendo pedido la nobleza de las provincias lituanias autorización para revisar los *inventarios* que, desde el reinado de Nicolás, fijaban las obligaciones respectivas de los señores y de los siervos, se simuló creer en altas esferas que los propietarios lituanios estaban dispuestos á emancipar á sus siervos, y partiendo de este supuesto, el Emperador les contestó felicitándoles por su iniciativa y autorizándoles á nombrar una junta que informase acerca de los medios de realizar la reforma, al tiempo que el ministro de lo Interior enteraba á los mariscales de la nobleza de los propósitos de los lituanios, añadiéndoles que recibiría con gusto peticiones del mismo género. Esta vez, la opinión pública, espoleada por la prensa, tomó cartas en el asunto, discutiéndose con apasionamiento los argumentos de los partidarios de la servidumbre, los *plantadores*, como se les llamaba, por alusión á los países de negros; y como la nobleza rusa tenía miedo al gobierno y á los siervos y carecía de hábitos de oposición, no tuvo más remedio que poner á mal tiempo buena cara, pidiendo, empezando por la de San Petersburgo y acabando por la de Moscou, autorización para formar el comité de emancipación. Nada tan lejos del ánimo del gobierno como el dejar el asunto en manos de estas juntas; su intención era que enviasen dele-